

Gugo De-Danfelf, apoyó los codos en la mesa, inclinó la cabeza, y meditó profundamente; de súbito se estremeció y dijo:

—Bendito sea el momento en que nombrasteis á Sciomberg.

—Por qué?

—Habla.

—Oid; Jurand tiene una hija á la que quiere más que á su vida.

—La conocemos.

—Pues bien, si pudiésemos robarla, Jurand daría por ella, no solamente al caballero De-Begrov, sino hasta la posesión de Spichov.*

—¡Por San Baudilio!—murmuró Gottfrid,—así sucedería.

Los caballeros callaron, como si la empresa fuera harto difícil; al cabo de poco, Rotgher dijo á Sigfrido:

—Tenéis tanta inteligencia como valor. ¿Qué os parece la idea?

—Creo que debe ser meditada.

—Es preciso pensar que la niña es una dama de la corte de la reina, la cual la quiere como hija. Pensad, hermanos que escándalo vamos á armar.

Gugo De-Danfelf, exclamó riendo:

—¿No recordáis que Sciomberg permanece impune? Si conseguimos encadenar á Jurand, tened por seguro que seremos bien recompensados.

—El momento es propicio,—dijo De-Love; el príncipe marcha tierra adentro y quedará sola la princesa en la corte; pero asaltar el castillo en tiempo de paz, es un hecho grave.

—Ya,—replicó De-Danfelf,—¿quién os dice que se trate de robar á la hija de Jurand á viva fuerza?

—¿Pues entonces, como?

—¿No creéis que es posible que Jurand enferme y mande por su hija? La princesa no puede prohibirla ir á ver

á su padre. Si el rapto se efectúa durante el viaje, ¿quién podrá decir que nosotros la robamos?

—¿Y quién pondrá enfermo á Jurand?

Gugo sonrió.

—Tengo en mis tierras un hombre famoso por sus tretas, es capaz de falsificar todas las letras y todos los sellos de este mundo.

—Ya comprendo,—contestó Gottfrid.

—Rotgher exclamó;

—¡Así Dios nos ayude!—creo que hemos dado con un buen medio, y ya veo á Jurand colgado en la puerta de Malborg.

—Su hija será monja de la Orden,—añadió Gugo.

De-Love miró al síndico, mordiéndose los labios y prorumpió:

—Apresuremonos á marchar.

VI

Antes de marchar á Tscitna, los cuatro templarios y el caballero De-Fursi se despidieron de los príncipes.

Janush, según la costumbre polaca, regaló á cada uno de ellos magníficas copas de mosto y dinero.

Los caballeros aceptaron complacidos los regalos, diciendo que á fuer de monjes, no aceptaban los obsequios para sí, sino para los pobres, y que rogarían por la salvación del alma del príncipe.

Los habitantes de Masovia sonrieron al saber aquella respuesta porque era bien notoria la avaricia de aquella gente.

Sigfrido besó la mano á la princesa y De-Danfelf aproximándose á Danusia murmuró:

—Dentro de poco vendrá una monja, y os traerá un bálsamo eficazísimo.

—¿Cómo daros las gracias? —preguntó la joven.

—Siendo amiga de la Orden y de sus siervos.

El caballero De-Fursi, que prestaba atención al diálogo preguntó:

—¿Quién es esta niña?

—La hija de Jurand.

—¿Esa de quién hablabais?

—Sí.

—Debe ser agradable guardar semejante prisionero.

—¿A quién creéis más fácil vencer, á ella, ó á Jurand?

—Pienso como vos.

Gugo sintió la necesidad de justificarse ante Sigfrido, quien, á pesar de sus defectos, muchas veces echaba en cara á sus hermanos su depravación monstruosa.

—He prometido enviar el bálsamo y lo haré, y así, si después del rapto se nos acusa, podremos defendernos diciendo que no tan solo no la queríamos mal, si no que le enviámos eficaces medicinas para su prometido.

—Bien,—contestó De-Lové.—Enviaré una mujer fiel á la Orden, que observará cuanto sea necesario para que encontremos el terreno preparado.

—Es difícil hallar quien nos siga.

—No lo creáis; hay mucha gente que desea tomar parte en expediciones por el estilo. Les prometeré un gran premio si todo sale bien, y sino la cuerda.

—¿Y si nos hacen traición?

—No es posible, porque todos están condenados á muerte. Les daremos trajes decentes para que puedan pasar por soldados de Jurand. Lo esencial es la carta con su sello.

—Es preciso preveerlo todo,—dijo Rotgher;—quizá Jurand á causa del último combate querrá ver al príncipe, y en tal caso hemos de ir con cuidado.

—La persona que escogeré será la flor de los canallas.

Como será muy listo, ya procurará no toparse con Jurand.

—Pero podrían aprisionarle.

—Entonces diremos que no sabemos nada, y que no escribimos nosotros la carta,

—¿Quién podría probarlo?

—Me parece,—dijo De-Fursi, que en esta empresa adquiriréis bien poca gloria.

—¿Por qué?

—Porque aunque De-Begrov quede libre, de todos modos habrá caído una nueva mancha sobre la Orden.

Rotgher murmuró:

—Todo está tan bien dispuesto que creo que Dios bendecirá nuestra empresa.

—Dios bendecirá cuanto contribuya á la prosperidad de la Orden.

Callaron los templarios; delante de ellos, los criados limpiaban el camino, apartando á ambos lados la nieve caída durante la noche.

El caballero De-Fursi, algo separado de los templarios, caminaba pensativo. Hacía muchos años que era huésped de la Orden, por la cual peleó con honor en varias batallas. Pero pensaba algunas veces que la conducta de sus aliados, no era digna de la santidad de los principios de la Orden.

Quando aceptó el desafío de Jurand, experimentó tal miedo al ver cómo De-Begrov caía del caballo, y Meiningher quedaba muerto en el campo del combate, que escapó desesperadamente á través de los bosques, y no paró hasta Tzechanov.

De aquella infortunada expedición guardaba un recuerdo de disgusto, vergüenza y dolor, porque De-Begrov era íntimo amigo suyo.

Así es que se unió de corazón á los caballeros del Temple para pedir el castigo de Jurand, pero cuando supo los medios á que querían apelar sus compañeros para deshacerse del adversario, parecióle que cometía una villanía,

y en esto iba reflexionando mientras iba separado de los templarios.

Si se hubiera tratado solo del rapto de la muchacha para hacer un canje con De-Begrov, no se hubiera opuesto ciertamente á la empresa, pero al comprender que querían la muerte de Jurand y quizá la de su hija, por tan inicuos medios, su honradez nativa se rebeló; así es que, dirigiéndose á De-Danfelf, le dijo:

—¿Si llegáis á coger á Jurand, dejaréis en libertad á su hija?

—No, porque entonces, todo el mundo comprendería que nosotros la robamos.

—¿Qué haréis de ella?

De-Danfelf sonrió irónicamente,

—¿Antes ó después?

De-Fursi comprendió, y haciendo una mueca de disgusto, exclamó después de un momento de silencio.

—El hermano Ulrico De-Junghinghen, gloria y prez de los caballeros, me dijo un día: «Entre los ancianos de Malborg encontraréis aún un caballero digno de llevar la cruz; pero los otros únicamente sirven para desacreditar la Orden.

—Todos somos pecadores, pero servimos á Jesús,—murmuró Gugo.

—¿Creéis digno del honor de un caballero tal infamia? No solo no os ayudaré sino que os prohibo cometer tal empresa.

—¿Qué nos prohibís?

—¡Los engaños, las perfidias, las infamias!

—¿De qué modo? Al batiros con Jurand habéis perdido siervos y dinero; únicamente podéis vivir con ayuda de la Orden, pues sin ella moriríais de hambre, además estáis solo contra cuatro, ¿cómo podéis prohibirnos algo?

—¿Cómo? Puedo volver atrás y prevenir al príncipe; puedo revelar vuestras intenciones al mundo entero,

Los cruzados se miraron. Gugo lo hizo expresivamente á Sigfrido y luego dijo:

—Caballero De-Fursi, nuestros antepasados han servido á la orden, pero vos, no queréis entrar en ella porque sois un traidor.

—Decid mejor que no se admite á la buena gente.

—Pensad que la Orden no solo castiga á sus monjes.

De-Fursi, indignado por aquellas frases, desenvainó la espada y blandiéndola dijo:

—Por esta cruz que mi mano empuña, juro por San Dionisio y por mi honor que avisaré al gran Maestre y al príncipe de Masovetzk.

De-Danfelf miró nuevamente á Sigfrido, quien hizo un ademán como de asentimiento.

Aquél dijo entonces:

—San Dionisio podía llevar bajo el brazo su cabeza cortada, pero si la vuestra cae...

—¿Me amenazáis?

—No, os mato simplemente,—contestó De-Danfelf, y diciendo esto le dió un golpe tan fuerte que el puñal se hundió en la carne hasta el mango.

De-Fursi, dando un grito de dolor, trató de blandir su espada, pero los templarios, sin darle tiempo, se echaron encima y le hirieron sin misericordia. El desgraciado trató en vano de librarse de los golpes de sus asesinos y cayó muerto sobre la nieve.

—Nadie nos vió,—dijo Gugo.

—Es verdad.

—Podremos quejarnos diciendo que son los caballeros del príncipe quienes nos asaltaron y dieron muerte á De-Fursi.

En aquel instante De-Fursi lanzó el último suspiro, y Rotgher, mirándole, exclamó:

—Ved, hermanos, cómo castiga Dios toda idea de traición á la Orden.

—Ojalá que esta muerte sirva de gloria para ella.

El galope de un caballo les llamó la atención.

Gugo De-Danfelf dijo en voz baja:

—Se acerca...

De-Love, que era el que tenía mejor vista, añadió:

—Le reconozco; es el escudero que mató el búfalo.

—Esconded los cuchillos para no asustarle,—advirtió De-Danfelf.

—Yo daré el primer golpe.

El techeque, cuando estuvo á unos diez pasos, paró el caballo.

Vió el cadáver sangriento, tendido sobre la nieve, y quedó asombrado; pero fingiendo no haberlo advertido exclamó:

—¡Me inclino ante vosotros, valerosos caballeros!

—Ya te habíamos reconocido. ¿Tienes algo que decirnos?

—Me ha enviado el caballero Zbishko, porque él no puede hablar con vosotros á consecuencia de su herida.

—¿Qué desea tu señor?

—Deciros que habiendo acusado á Jurand de Spichov injustamente, ladrasteis como perros, y que si alguien contesta á estas palabras, está dispuesto á retarlo apenas tome fuerzas.

—Puedes decir á tu señor que la Orden soporta con paciencia las ofensas, y que no aceptan sus caballeros ningún reto sin permiso del Maestre.

El techeque miró nuevamente el cadáver y no comprendió lo ocurrido, pero como desde su más tierna infancia se le había recomendado la prudencia, comprendió que le amenazaba un peligro, y advirtió con inquietud que De-Danfelf, mientras hablaba, trataba de acercarse.

Glava se mostraba tanto más temeroso cuanto que con la prisa no había tomado sus armas.

De-Danfelf dijo:

—He prometido á tu señor un bálsamo prodigioso, y él, en cambio, me desafía; no me sorprende la perfidia pola-

ca, que de todos es conocida, pero como está moribundo y va á comparecer pronto ante el tribunal de Dios...

Y tocó con la mano izquierda la mano del techeque.

Un afiado cuchillo brilló junto á la garganta de Glava, quien, advirtiendo el ademán de De-Danfelf, le sujetó el brazo con su fuerte mano, arrebatóle el arma, y en tanto que el asesino lanzaba un grito de dolor, espoleó su caballo y huyó rápidamente.

Rotgher y Gottfrid, que se habían lanzado en su persecución, al oír el grito de De-Danfelf se detuvieron y se acercaron á éste. Llamaron después á los criados, diciéndoles que colocaran al caballero en un carro.

Danfelf tenía el rostro congestionado; su cabeza se doblaba como si estuviese privado de vida. De-Love apresuraba la marcha del carro y frotó con nieve al herido, que recobró sus sentidos al llegar á la frontera.

—¿Cómo estáis?

—No siento dolor alguno, pero me parece que me falta la mano.

—Está entumecida; cuando entréis en calor la sentiréis; dad gracias á Dios que os concede un momento de alivio.

Rotgher y Gottfrid se acercaron al carro.

—Lo ocurrido es una desgracia; ¿qué hacemos?

—Diremos que De-Fursi pereció á manos del escudero.

—Otro delito por parte de estos perdidos,—murmuró Rotgher; pero esta vez se podrá descubrir á los culpables.

VII

El techeque, galopando sin cesar, llegó al pabellón de caza y refirió lo ocurrido al príncipe; por suerte suya, los señores de la corte le habían visto partir sin armas, y aún

Cruzados.—Tomo I.—14

UNIVERSIDAD DEL NOROCCIDENTE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 5625 MONTERREY, MEXICO

se le había dicho en broma que no debía ir sin ellas, porque los alemanes podían apalearle. El, para no retardar su marcha, había desoído su consejo.

El testimonio de los cortesanos borró las sospechas que el príncipe concibió. Janush se disgustó de tal manera que hubiese querido correr tras los templarios y aprisionarlos, hasta dar cuenta de su conducta al Gran Maestre; pero comprendiendo que no se les podría dar alcance, dijo:

—Escribiré al Maestre; éste debe saber cómo se portan sus caballeros; ya han cometido bastantes infamias y ésta requiere ejemplar castigo.

Después, volviéndose hacia los hidalgos, exclamó:

—No comprendo por qué mataron á su huésped; si el tcheque hubiese llevado armas, creería que...

Viscionok observó:

—El escudero no tenía motivo alguno para matar á De-Fursi; y además, ¿cómo hubiese podido matarle estando rodeado de amigos y criados?

—Es cierto; creo que el huésped disputaría con los templarios, y no queriendo mentirlo habrán matado. Recuerdo que cuando se hablaba de Jurand, los templarios hacían señas á De-Fursi para que afirmase que el de Spichov les había agredido.

Uno de los hidalgos dijo:

—Glava debe ser muy fuerte, pues ha podido triturar la mano á ese perro de Danfeld.

—Afirma que los huesos del alemán crugieron, y no lo extraño, después de haberle visto matar al búfalo.

—El criado es digno del amo; á no ser por Zbishko, el búfalo habría acometido á los caballos; puede decirse que él y el de Lotaringia salvaron á la princesa.

—¡Es un gallardo joven! A pesar de su herida ha retado á esos traidores; es buen yerno para Jurand.

—En Cracovia no quería que Zbishko se casara con Danusia; pero ahora creo que habrá cambiado de parecer.

—¡A la voluntad de Dios!—exclamó la princesa, que entraba en aquel momento y oyó las últimas palabras.

—Ahora Jurand no podrá negarse, si Dios le devuelve la salud á Zbishko; nosotros deberíamos premiarle.

—La mayor recompensa para él es la mano de Danusia, y creo que la conseguirá.

—Tal vez no debiera inmiscuirme en tal asunto,—murmuró la princesa;—pero Zbishko persiste en sus propósitos, lo mismo que la joven, que cada vez le quiere más.

—Si Dios quiere, serán felices,—dijo Janush.

—Esa niña le ha sorbido el seso, y además el cornúpeto...

—No hay que llamarla niña,—interrumpió la princesa; ¿no salvó, acaso, á Zbishko en Cracovia?

—Sí, pero, sin ella, el joven no hubiese acometido á Lichtenstein para arrancarle el penacho, y no se habría esforzado tanto por salvar á De-Lorsh. En cuanto al galardón, ya he dicho que premiaré á ambos en Tzechanov.

—Para Zbishko, el mejor premio serían las espuelas de caballero,—dijo Ana Danuta.

El príncipe sonrió benévolamente y profirió:

—Danusia se las entregará; cuando el joven esté mejor celebraremos el acto. Prepáralo todo, porque el placer es tanto mayor cuanto más inesperado.

La princesa abrazó á su esposo y le besó la mano; él murmuró complacido:

—Puedo decir que tuve un buen pensamiento; ¡llama á Danusia!

—¡Danusia! ¡Danusia!

Del aposento contiguo salió la hija de Jurand, ojerosa y pálida, porque pasó la noche velando al enfermo. Llevaba un emplasto en la mano, ordenado por el médico.

—Acércate,—dijo Janush,—y deja el emplasto.

Danusia se acercó con timidez; el príncipe la acarició y dijo:

—¿Estás afligida?

—Mucho.

La niña no pudo contener el llanto.

—¿Por qué lloras?

—Zbishko está herido,—contestó Danusia.

—No temas; sanará. ¿No es verdad, padre Viscionok?

—Espero que sí, y creo que está más cerca del tálamo que de la tumba.

El príncipe dijo:

—Aguarda; te daré una medicina que no solo puede aliviarle, sino que le curará por completo.

—¿Han enviado los templarios el bálsamo?—preguntó la niña.

—Con el unguento que enviasen los templarios untaría yo á un perro, pero no á un caballero. Te daré otra cosa.

Y dirigiéndose á los nobles, exclamó:

—Dadme las espuelas y el cinturón.

Cuando los tuvo, dijo á la niña.

—Llévalos á Zbishko y dile que son para él. Si la muerte le llama, comparecerá ante el Señor como *miles cinctus*, y si sana, se celebrará la solemne ceremonia en Tzechanov ó en Varsovia.

Danusia, después de besar las rodillas del príncipe, tomó con una mano las insignias de caballero y con la otra el emplasto, y fué al cuarto donde yacía su adorado.

La princesa, queriendo presenciar la alegría de los dos enamorados, siguió á la joven.

Zbishko, al oír los pasos de ésta, la miró y preguntóle:

—¿Ha vuelto el techeque, amor mío?

—Sí; pero tengo que darte una noticia más agradable. El príncipe te nombra caballero y te envía esto.

Mostró al enfermo el cinto y las espuelas de oro; las mejillas hundidas de Zbishko se colorearon y dijo:

—¡Me ha nombrado caballero!

La princesa entró; Zbishko trató de levantarse y le pidió perdón por no poder besarla los pies; en aquel punto entró el príncipe seguido de sus cortesanos.

Janush indicó á Zbishko que no se moviera, y le dijo:

—Nadie debe asombrarse de que los hechos heroicos se recompensen, porque si la bondad no fuera premiada, tampoco sería castigado el mal. Así como arriesgaste tu vida por salvar la de mi esposa, así yo en justa recompensa te armo caballero.

—¡Ilustre soberano!—exclamó Zbishko,—de buen grado hubiera sacrificado hasta dos vidas.

La princesa le tapó la boca con la mano y Viscionok le prohibió hablar.

El príncipe añadió:

—Creo que conoces los deberes de los caballeros y que honrarás estas insignias; debes servir á nuestro Redentor y luchar contra los fuegos infernales; ser fiel á tu soberano, evitar inútiles querellas y defender al débil contra el fuerte. Si así lo hicieres, Dios te lo premie; y si no, te lo demande.

—Así sea,—dijo el sacerdote.

El príncipe salió de la estancia, diciendo:

—Cuando estés curado, ven á Tzechanov, que allí estará Jurand.

VIII

Tres días después de estos acontecimientos, llegó al pabellón de caza una mujer que traía el bálsamo, acompañada del capitán de guardias de los templarios.

Estos se quejaban de las ofensas que habían recibido en Masovia, y amenazaban con la cólera celeste si no se castigaba al culpable.

De-Danfeld se quejaba por su parte, y pedía una indemnización por el brazo roto, y la pena de muerte para el escudero techeque.

El príncipe rompió la carta en presencia del capitán y le dijo:

—El Maestre ha enviado aquí, no templarios, sino asesinos; decidle que ellos han matado á su huésped y que trataron de hacer lo mismo con el escudero. Escribiré al Maestre para que envíe otros embajadores, si desea que en caso de guerra permanezca yo neutral.

—¡Ilustre príncipe!—contestó el capitán;—¿lo diré de esta manera al gran Maestre?

—Sí, y podéis añadir que los que aquí vinieron no eran caballeros, sino perros.

El capitán partió en seguida, pero la monja que trajera el bálsamo quedó en el pabellón.

Como hablaba bien el polaco, conversaba con los criados de Zbishko y Danusia, á la que regaló una rosa de Jericó.

Un día, acercándose á la joven, la dijo:

—Bendigaos Dios, señora; esta noche he soñado que en un camino cubierto de nieve, dos caballeros que llevaban manto blanco se acercaron á vos, y os cubrían con una capa blanca también.

Danusia expresó asombro, preguntando:

—¿Qué significa esto?

—Que os obtendrá el que más os ama.

—¡Zbishko!—exclamó la niña.

—No he visto sino los mantos blancos. ¿Queréis que os cuente lo que me ocurrió á mí?

—Sí, sí.

—Oid; en la Orden se admiten hasta las mujeres; no pronuncian votos y pueden casarse con tal que llenen sus deberes y cumplan los mandatos de la Orden. La mujer que tiene el honor de ser admitida en tan sacra convivencia, recibe tres besos de un hermano, en señal de que,

desde aquel instante, debe servir á la Orden con palabras y acciones. Yo obtuve tal honor, pero por torpeza mía, en vez de aceptarlo cometí un grave pecado, y se me castigó por él.

—¿Qué hicisteis?

—El hermano De-Danfeld se acercó y me dió un beso. Yo, pensando que alimentaba deseos impuros, levanté contra él la mano sacrílega, ¡Dios me perdone mi pecado!

—¿Qué sucedió?

—El brazo me quedó paralítico. Era joven y había obrado por ignorancia; mas á pesar de ello, el castigo cayó sobre mí; es una cosa extraña, pero cuando un hermano de la Orden desea algo, no se le debe rehusar, pues si no, atrae sobre su cabeza el castigo del cielo.

Danusia escuchaba con temor y disgusto. La religiosa continuó:

—No soy anciana, tengo treinta años; pero Dios me ha quitado vigor y belleza.

Después de un silencio, la religiosa continuó:

—El caballero que llevaba manto blanco, quizá era un templario.

—No quiero ni templarios ni mantos blancos,—repuso la niña.

El médico, entrando en la estancia, dijo:

—Da gracias á Dios y ve al lado de Zbishko, porque se ha despertado y quiere alimento; está mucho mejor.

Efectivamente, el herido había recobrado fuerza y valor, y el médico no dudaba ya de su curación; la princesa mostrábase muy contenta, y todo marchaba á pedir de boca, cuando ocurrió un acontecimiento que cambió por completo la faz de los asuntos.

Llegaron unos mensajeros diciendo á la princesa Ana que unos malhechores habían destruído el castillo de Spichov, que Jurand había sido herido y que el sacerdote Kaleb temía que quedase ciego.

Añadieron que Jurand deseaba ver á su hija y que per-

maneciese á su lado, pues los ciegos tienen necesidad de lazarillo.

En la carta daba calurosas gracias á la princesa por sus cuidados con Danusia y decíase que iría á Varsovia tan pronto pudiese.

Cuando el sacerdote hubo leído la carta, la princesa se mostró muy asombrada.

Temía que Jurand quisiera casar á su hija con algún caballero vecino de Spichov, á fin de que no se apartara de su lado; Zbishko no podía ir á Spichov porque apenas podía moverse, y además, ya Jurand se había negado á concederle la mano de su hija.

La princesa llamó al jefe de los mensajeros para pedirle explicaciones verbales acerca del incendio, y de los deseos del señor de Spichov.

Dijo el caballero que el anciano herido gravemente en el último combate contra los alemanes, yacía casi moribundo en Spichov y que deseaba ver de nuevo á su hija antes de quedar ciego, recomendándole que partiera sin perder momento en cuanto hubiesen reposado los caballos.

La princesa dijo que no era hora apropiada para marchar, y además pensó que una partida tan precipitada desconsolaría á Zbishko, el cual, enterado de todo, dijo:

—No hay remedio; es su padre y puede mandar en ella.

Y al decir estas palabras, cerró los ojos como quien espera la visita de la muerte.

Pero la muerte no vino y el pobre enfermo pudo pensar en la nueva desgracia que le agobiaba.

Comprendía que si Danusia volvía á Spichov, la perdería para siempre, pues en el castillo del terrible guerrero, no había de fijo personas indulgentes como la princesa Ana.

Pensaba que sus días pasarían tristes y sin consuelo, y

que nadie murmuraría á su lado palabras de amor, ni quien vertiera llanto por sus padecimientos.

Volviéndose hacia la princesa, que estaba en un rincón del cuarto, dijo:

—Ilustre señora, yo no veré más á Danusia.

La princesa contestó:

—No te aflijas, quién sabe lo que puede ocurrir. Si Jurand muere, la tutela de la niña nos incumbirá al príncipe y á mí.

—Ojalá muriera,—exclamó Zbishko en un arranque impetuoso.

En aquel instante entró Danusia y dijo:

—No puedes pensar cuánto lo siento por mi padre y cuanto lo siento por tí.

El joven la puso una mano sobre el hombro y preguntóla:

—¿Crees posible que pueda vivir lejos de tí? Te he jurado fidelidad, te amo y hasta la muerte te querré. Quisiera arrodillarme ante la princesa, pero no puedo; arrodíllate tú, y pídele una gracia.

Danusia hizo lo que quería y la princesa preguntó:

—¿Qué queréis que haga por vos? Si no dejas ir á la hija junto á su padre enfermo, Dios puede castigarme.

Zbishko, respirando con dificultad, juntó las manos en actitud de orar.

—No te aflijas,—dijo la princesa,—y tú, Danusia, no llores.

—No, no llores, pero permanece de rodillas y ruega conmigo,—dijo Zbishko.

El enfermo añadió con débil voz:

—Ilustre señora... Jurand se opuso en Cracovia á mi demanda y también lo hará ahora; si el sacerdote Viscionok nos casara antes, no sentiría que la niña fuera á Spichov, porque ya ninguna fuerza humana podrá arrebatármela.

La princesa, al oír aquellas inesperadas palabras, se puso en pié.

—Ilustre señora,—murmuraba Zbishko.

—Ilustre señora,—repetía Danusia.

—No, no, sin el permiso de tu padre es imposible,—contestó la princesa.

—La voluntad de Dios es más fuerte que ningún vínculo,—decía Zbishko.

—¿Qué dices?

—¿Quién es el padre? el príncipe. ¿Quién es la madre? vos, señora.

Danusia añadió:

—¡Madre querida!

—Es verdad que casi he sido madre para ella,—dijo la princesa,—y hasta Jurand se casó por mi consejo, pero ¿casar la hija sin su permiso!... podría ocultárselo, pero...

—Eso es,—exclamó Zbishko.

—Déjame reflexionar. Me encuentro verdaderamente perpleja y tristes presentimientos me asaltan... ¿Y tú, Danusia, no temes la cólera de tu padre?

—Yo muero si no me caso,—murmuró Zbishko.

La niña, saltando al cuello de la princesa, la estrechó con fuerza.

La princesa continuó:

—Sin el sacerdote, no puedo decidir nada. Corro á avisarle.

La niña obedeció y Zbishko murmuró:

—¡Dios os bendiga!

—No me bendigas aún; debes jurar además que no impedirás á Danusia ir al lado de su padre; si no, no consentiré en tu casamiento.

—Lo juro,—contestó.

—No lo olvides. Danusia no dirá nada á su padre de su matrimonio, y yo invitaré á Jurand á que venga y entonces se lo diremos todo, y quizá consienta.

—Y podrá estar contento de tenerme por yerno,—exclamó Zbishko sonriendo.

En aquel momento entraba Danusia seguida de Viscionok; la princesa enteró al sacerdote del propósito del caballero enfermo, y el buen religioso, haciendo la señal de la cruz, murmuró:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es imposible verificar la ceremonia, porque estamos en cuaresma.

—Es verdad,—agregó en voz baja la princesa.

Reinó un silencio; la palabra de Viscionok había contristado á todos. Este continuó:

—Si se tratara sólo del consentimiento de Jurand, me importaría poco, porque el nombre de Ana Danuta y de Janush sería nuestra salvaguardia contra cualquier asechanza del guerrero de Spichov, pero temo al obispo; si éste se hallase aquí, no rehusaría seguramente la licencia, aunque es un hombre rígido como su predecesor Manfield.

—El obispo Jakub aprecia mucho al príncipe y me distingue con su amistad,—dijo Ana Danuta.

—Por eso digo que no rehusaría la licencia. El motivo es poderoso,—murmuró para sí.—La joven debe partir, el caballero Zbishko está moribundo y el matrimonio podría verificarse «in articulo mortis»... En fin, sin la licencia no puedo hacer nada,—continuó en alta voz.

—Lo pediremos después de verificado el enlace, y el obispo no lo ha de negar, estoy segura.

Viscionok, que era bueno y de carácter sencillo, exclamó:

—Temo al obispo; mas la palabra de la esposa de un príncipe consagrado á Dios me convence...

Después, en voz baja, añadió:

—El caballero podría hacer un voto para la catedral de Plotz, y de esta manera, el pecado que pudiéramos cometer hasta que llegue el permiso... sería de todos modos.

mío y no de otro. ¡Hum!... Jesús es clemente, y bien considerado, si mi pecado está cometido por hacer el bien á un semejante, será perdonado... mas, ¿si el obispo no concediera la licencia?...

—La concederá,—repitió la princesa.

Zbishko murmuró:

—Tengo una bula, que compré á Zanderus, la cual perdona todos los pecados.

Aunque Viscionok no tenía mucha fé en las bulas de Zanderus, aceptó este medio para facilitar la unión de las jóvenes. Además, conocía á la niña desde muy pequeña y la estimaba mucho; así, después de meditar nuevamente, dijo á la princesa:

—¿Qué me ordenáis, ilustre señora?

—No ordeno nada; mas pienso que el obispo ha prohibido á los sacerdotes llevar espada y tirar al arco, mas no hacer el bien.

—Todo se hará según vuestro deseo,—exclamó el buen Viscionok alzando los ojos al cielo.

Zbishko sonrió satisfecho, el sacerdote y la princesa deliberaron unos momentos para combinar el plan. Decidieron ocultar el enlace á todo el mundo; Jurand no lo sabría sino por boca de la princesa ó de Janush en Tzechanov, y Viscionok le escribiría que en la corte estaría más seguro y su curación sería más rápida.

Decidieron también que Zbishko y Danusia se confesaran y que los esponsales se verificasen de noche, cuando todos estuvieran durmiendo.

El joven quería que el tcheque sirviese de testigo, mas cambió de parecer pensando que era un siervo de Jaghenka. Entonces, pensando en esto, sintió que sus ojos llenábanse de lágrimas, y parecióle oír aquella voz amorosa que le decía: «No me devuelvas mal por bien, ten compasión de mí», y el corazón de Zbishko se estremecía de dolor, comprendiendo, sin embargo, que nada podía remediar la suerte de Jaghenka.

Así fué consolándose y pensando solamente en Danusia y en los esponsales, hizo llamar al tcheque y le dijo:

—Quiero confesarme y comulgar, vísteme bien como si hubiera de presentarme al rey.

Glava le miró asombrado y Zbishko recordando todo, exclamó con amarga sonrisa:

—No temas, la confesión no indica que esté en peligro de muerte; quiero aprovechar la presencia del sacerdote Viscionok que ha de partir con la princesa á Tzechanov.

—¿Y vos no iréis con ellos?

—Si me sintiera mejor, sí; todo lo dejo á la voluntad de Dios.

El tcheque tranquilizado sacó de un arca la túnica blanca orlada de oro que Zbishko solía llevar en las grandes solemnidades. Después, con la ayuda de dos siervos, lavó al caballero.

—Si el señor pudiese andar, observó Glava, diríase que va á casarse.

—No es necesario andar para eso,—repuso Zbishko sonriendo.

La princesa entretanto se ocupaba de Danusia, no queriendo que ésta llevase para la ceremonia un vestido usual. Hízola poner un hermoso vestido blanco del color de la inocencia. Lo difícil era hallar una corona.

—Pobre huérfana,—exclamó la princesa,—¿dónde encontraremos flores para coronar sus cabellos?... en el bosque, bajo la nieve solo crecen líquenes y musgo.

Danusia se entristeció, mas viendo colgada en la pared una guirnalda de flores secas, exclamó:

—Me adornaré con éstas, á Zbishko le dará igual.

La princesa no quería consentirlo al principio, pareciéndola que aquellas flores secas fuesen de mal augurio, más hubo de acceder por la necesidad.

El sacerdote Viscionok, escuchó la confesión de Zbishko y de Danusia.

La princesa, cuando llegó la noche, ordenó á la servi-

dumbre y á los mensajeros de Jurand que se retirasen á dormir.

Bien pronto un profundo silencio reinó en el pabellón de casa, solamente los perros, de cuando en cuando, anunciaban con sus ladridos el cercano paso de algún lobo.

Solo las ventanas de los cuartos de Ana, de Viscionok y de Zbishko, proyectaban su luz pálida sobre la fría nieve.

Cuando sonó media noche, la princesa tomando á Danusia por la mano la condujo á la estancia de Zbishko, donde el sacerdote Viscionok esperaba con la sagrada hostia.

Danusia caminaba pálida por la emoción, bajos los ojos y caídos los brazos á lo largo del cuerpo en inconsciente abandono.

Parecióle á Zbishko viéndola, contemplar una Virgen; una criatura que no de la tierra, del cielo era enviada, y tanto más se persuadía en esta creencia cuando Danusia de rodillas, juntas sus manos en devota actitud, levantó sus bellos ojos, mientras el sacerdote murmuraba lenta y dulcemente:

«Ece agnus Dei»... «Dómine, non sum dignus.»

En la estancia no se escuchaba el más leve rumor y la voz cadenciosa del siervo de Dios uníase al susurrar armonioso del viento que jugueteaba entre los árboles de la selva.

Salió después Viscionok, que al cabo de poco, volvió acompañado del caballero De-Lorsh, y viendo el estupor de los presentes, se apresuró á decir:

—He pensado que son necesarios dos testigos y he ido en busca de este caballero que me ha jurado guardar el secreto.

De Lorsh se inclinó primero ante la princesa y después ante Danusia; llevaba una espléndida coraza que radiaba en destellos mil de luces, y contemplando extasiado á Da-

nusia, recordábale la visión de algún angel visto en algún éxtasis sagrado.

El sacerdote unió las manos de Danusia y Zbishko é imponiéndoles la estola recitó la sagrada epístola.

La princesa estuvo conmovida, y la satisfacción reflejábale en sus ojos, contenta de realizar una obra buena haciendo felices á los dos enamorados jóvenes.

De-Lorsh, apoyándose en su espada, conservaba una absoluta inmovilidad.

Zbishko y Danusia repitieron uno después de otro las palabras del sacerdote:

—Te acepto por esposo.

—Te acepto por esposa.

Terminada la ceremonia, Ana Danuta exclamó:

—¡Que el cielo os proteja, ya que estáis unidos!

Zbishko, que estaba aún muy débil, fatigado por la emoción, inclinó la cabeza sobre el pecho, respirando fatigosamente, pero sin perder el sentido, sonreía á Danusia que tomándole entre sus brazos le acariciaba dulcemente.

De-Lorsh, conmovido, juró defender la felicidad de los jóvenes desposados y poniendo la mano sobre la empuñadura de su espada señaló á la princesa y á Viscionok como testigos de su juramento.

Zbishko, abrazando á Danusia exclamó:

—Soy feliz... más tú debes partir...

—Voy al lado de mi padre á Tzechanov,—contestó ella para consolarle.

La noche, y la proximidad de la separación infundía á los esposos y á todos los presentes profunda tristeza. El fuego se apagaba, y cuando el sacerdote Viscionok añadía leña sobre los últimos restos, Danusia murmuró sonriendo á la princesa:

—¿Cómo os pagaré tanta felicidad?

La princesa, después de mirarla amorosamente, exclamó:

—Canta algo, hija mía, por última vez antes de partir.

Danusia, aunque rendida de sueño y de cansancio preguntó:

—¿Qué queréis que cante?

—La canción que cantaste en Tinetz cuando Zbishko te vió por vez primera.

—Bien la recuerdo, agregó Zbishko.

Danusia cantó:

¡Ah! si Dios me diera alas
como me dió libertad
hacia Jasko yo volara
impulsada por afán.»

.....
De repente faltóla la voz, sus labios temblaron y de su garganta se escapó un lamento angustioso.

—¡Danusia! ¡Danusia!—gritó Zbishko.

—¿Por qué gimes?—preguntó la princesa.

—No lo sé, pero estoy muy triste, me cuesta tanto abandonaros á vos y á Zbishko.

La princesa, De-Lorsh y Viscionok trataron de consolarla asegurándola que esta separación sería breve y pronto se vería reunida con Zbishko y todos los suyos.

El joven caballero abrazó á la niña y besándola en los ojos, en la boca y en los cabellos, acarició sus oídos con amorosas palabras.

Oyóse fuera un rumor vago y la princesa acercándose á la ventana, dijo:

—Ya conducen los caballos á beber,

—Apunta el alba, observó Viscionok, recemos el «Ave María.»

Después siguió:

—El momento se acerca, los servidores de Jurand comienzan á prepararse para el regreso.

La princesa, Danusia y Zbishko, trataban en vano de ocultar su emoción. El joven estrechó una vez más á su

adorada y cuando la vió salir de la estancia ocultó el rostro entre sus manos para ahogar un grito de dolor.

Era ya completamente de día.

Glava entró en la estancia de Zbishko para enterarse de su estado y recibir órdenes.

—Acércame á la ventana, le dijo Zbishko.

El techeque obedeció y después cubrióle con una pesada piel; la mañana era fría, y nevaba.

Zbishko vió el cortejo preparado, los servidores de Jurand ceñidos con lucientes corazas y armados de brillantes armas resplandecían á la luz triste del amanecer invernal.

Danusia entrando por última vez en la habitación del enfermo y abrazándole fuertemente exclamó:

—¡Parto, pero soy tuya!

—¡Mía!—murmuró Zbishko.

Salió la niña acompañada de la princesa, y mientras el sacerdote Viscionok la bendecía en alta voz, exclamó:

—Adiós, Zbishko, hasta Tzchanov, ¡adiós!

La nieve caía sobre la tierra, pareciendo que quería borrarlo todo bajo su manto de armiño... hasta el «adiós» de despedida.